

AVANCE HACIA LA REGRESIÓN: PARA UNA CRÍTICA DEL NACIONALISMO DE IZQUIERDA

Forward Into Regression. Towards a Critique of Left Nationalism

NORBERT TRENKLE*

ntrenkle@aol.com

I

La crítica habitual al capitalismo culpa a la especulación en los mercados financieros por las crisis económicas de las últimas décadas y, especialmente, por la gran crisis financiera y económica de 2008 y sus catastróficas consecuencias sociales. Sin embargo, ese punto de vista está profundamente equivocado. No sólo no reconoce las verdaderas causas de la crisis, sino que también es peligroso por sus consecuencias políticas. Se basa en la idea de que una economía que funciona en sí misma bien estaría siendo destruida por las acciones despiadadas de una pequeña oligarquía financiera mundial. Así, si esta camarilla fuera puesta en su lugar, preferentemente por un “hombre fuerte” que tomara medidas duras, el mundo volvería a estar en orden.

Este tipo de “crítica al capitalismo” puede encontrarse en todo el espectro político, desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda, y las consecuencias políticas que se extraen de ella son también en principio muy similares. Los críticos y críticas fantasean con la vuelta a una sociedad basada en el “trabajo honesto” y en la producción real de bienes, en la que se acaba con el poder de los bancos y el dinero vuelve a estar al servicio “de la economía real”. Esto va siempre asociado a la invocación al “pueblo”, imaginado como el colectivo de los defraudados y explotados. Las diversas variantes de este populismo se diferencian en el modo en que se interprete la comunidad imaginada del pueblo, en cómo se establece quién pertenece o no a ella, y en el modo en que se la invoca. Inmediatamente después del *crash* de 2008, diferentes variantes del populismo de izquierda cobraron cierta hegemonía en el discurso público. El más llamativo fue sin duda el eslogan del 99%, con el que el movimiento *Occupy* construyó un virtual enfrentamiento entre la gran masa de la población mundial y un pequeño grupo de élites globales de poder.

* Miembro de la redacción de la revista alemana *krisis*.

Se puede dar crédito a *Occupy* por mantener este concepto de pueblo tan amplio y heterogéneo que en realidad se niega a sí mismo. Básicamente, sólo sirvió como un gran Yo imaginario para una pequeña minoría de activistas metropolitanos que pretendía dotar erradamente a su crítica de las condiciones vigentes de una dimensión transnacional. Pero como, más allá del eslogan mediático del 99%, el movimiento *Occupy* estaba en condiciones de ofrecer perspectivas políticas de largo alcance ni análisis teóricos, estaba llamado a desaparecer. Y, dado que no rompió con la referencia positiva al “pueblo” y su “crítica al capitalismo” nunca fue ni un milímetro más allá de la habitual personificación en los banqueros y especuladores, tampoco tenía nada sustancial con lo que hacer frente a los populistas de derecha, que desde entonces han ocupado cada vez más posiciones. La receta para el éxito de los populistas de derecha consiste en gran medida en que su concepto de pueblo se define de forma bastante clásica en términos de pertenencia a una nación concreta y, por lo tanto, está vinculado de forma bastante explícita con la exclusión racista. Su mensaje surte efecto porque, en la sociedad capitalista, la nación se presenta como una segunda naturaleza, así como el hecho de que las personas se relacionen entre sí a través de las mercancías, el dinero y el trabajo; la identificación con un „pueblo nacional“ promete seguridad, especialmente en tiempos de crisis.

Lo peor es que una parte de la izquierda tradicional ha redescubierto ahora el nacionalismo y trata de combatir al populismo de derecha en su propio terreno. Esto no es sólo cálculo táctico, sino que remite, ante todo, a una incompreensión de la crítica del capitalismo en gran parte del marxismo tradicional; en segundo lugar, la referencia al “pueblo” siempre ha sido problemática en la izquierda, porque éste ha sido inadmisiblemente idealizado (algo que, como se sabe, se remonta a Rousseau). Esto da lugar a algunas similitudes fundamentales con la derecha nacionalista y populista que, sin embargo, tiende a dejarse fácilmente de lado.

El objetivo de este texto es rastrear estos puntos en común y arrojar luz sobre sus presupuestos teóricos. Lo haré utilizando el ejemplo de Sarah Wagenknecht, una de las figuras más influyentes del partido *Die Linke* en Alemania. Desde hace algunos años Wagenknecht sigue una línea abiertamente nacionalista de izquierda con la que, afortunadamente, aún no ha podido imponerse en todo el partido. Sin embargo, ejemplifica una fuerte tendencia en la izquierda tradicional, que encuentra su equivalente en muchos otros países europeos (Jeremy Corbyn, Jean-Luc Mélenchon, etc.).

Inicialmente seguiré la pista de los patrones ideológicos básicos de Wagenknecht a partir del libro *Riqueza sin codicia* (2016). A continuación, intentaré explicar por qué esta posición, que ya no tiene mucho que ver con una crítica radical del capitalismo y con la emancipación social, tiene sin embargo tanta popularidad en el discurso social actual.¹

II

Uno de los elementos centrales del nacionalismo de izquierda es la idea de una conspiración de las élites transnacionales contra la democracia y el Estado de bienestar, de la que a su vez se deriva la justificación de la defensa del Estado nación. Este es también el caso de Sarah Wagenknecht:

“La democracia y el Estado de bienestar fueron conquistados en el marco de los Estados nacionales y están desapareciendo con la pérdida de poder de sus parlamentos y gobiernos. No es casualidad que las instituciones de Bruselas hayan degenerado en una ciénaga tecnocrática, opaca y más controlada que cualquier gobierno estatal por lobbies empresariales, en la que la inmensa mayoría de los europeos ha perdido toda confianza. [...] Por lo tanto, para el futuro cercano, existe sobre todo una instancia en la que puede vivir la verdadera democracia [...]: es el Estado históricamente constituido” (Wagenknecht, 2016a: 23 ss.).

Así, Wagenknecht legitima su proyecto de división nacionalista de Europa con una invocación a la democracia, que debe rescatarse de los estrategias neoliberales de la UE.² Esta peligrosa nostalgia del Estado nación va acompañada de una glorificación de la “economía de mercado”, a la que se quiere liberar de los grilletes del

¹ Este texto fue publicado en alemán en 2017 y revisado para su publicación en *Constelaciones* en 2021. Sarah Wagenknecht era entonces la líder del grupo parlamentario del partido *Die Linke* y tenía gran influencia en el partido. Perdió este cargo en 2019 porque no pudo imponerse con sus posiciones. Sin embargo, permaneció en el partido y en el Bundestag y actualmente (2021) se presenta de nuevo como candidata principal en Renania del Norte-Westfalia, el Estado federado con más habitantes. Este año también ha publicado un nuevo libro (Wagenknecht, 2021) en el que ha agudizado aún más sus posiciones de 2016; por ejemplo, con un argumento clásico de la derecha culpa a los inmigrantes por la precariedad de las condiciones laborales en Alemania.

² “Que tratados e instituciones europeas puedan ser un instrumento factible para comprometer la política de cada país, independientemente de sus resultados electorales, con una agenda pro-corporativa, era algo de lo que ya estaba convencido el neoliberal acérrimo Friedrich August von Hayek. Por esta razón defendió enfáticamente la idea de un Estado federal europeo que fuera superior a los Estados europeos individuales, no para conquistar la capacidad de elaborar políticas, sino para *impedir* la elaboración de políticas y, por lo tanto, la democracia” (Wagenknecht, 2016a: 25; en cursiva en el original).

“capitalismo”. Según su concepción, la economía de mercado es un orden social muy racional en el que las personas producen mercancías para intercambiarlas entre sí; hay una competencia leal, cada uno se mide por su desempeño, y de eso supuestamente resultaría lo mejor para la sociedad. Sin embargo, este orden está amenazado por el “capitalismo”, que se caracterizaría por la búsqueda despiadada de lucro y la pura codicia económica de una pequeña élite transnacional. Según Wagenknecht, en las últimas décadas esta élite habría conseguido imponer el “orden capitalista” a la gran mayoría de la población mundial y destruir, junto con la democracia, la “economía de mercado”. Por lo tanto, quien quiera salvar esta última debe fortalecer el Estado nación, porque sólo él está en condiciones de poner en su sitio a este pequeño grupo de poderosos y de devolver sus derechos al pueblo “que trabaja honestamente”:

“Tanto en el discurso de izquierda como en el conservador el capitalismo suele equipararse a la economía de mercado. Eso es un error. La esencia del capitalismo no es que el intercambio esté mediado a través de los mercados, sino que las empresas sean meros objetos de inversión para valorizar el capital y generar beneficios. Más bien, el funcionamiento de los mercados y la auténtica competencia interfieren en la maximización de los beneficios, y por eso la tendencia es que unas pocas grandes empresas detenten un creciente dominio del mercado. Sin rodeos se podría decir: tenemos que salvar del capitalismo no sólo la democracia, sino también básicamente la economía de mercado”.

Esta contraposición es totalmente ajena a una crítica de la economía política en la senda de Marx. Pues el mercado y el capital no son opuestos, sino que están necesariamente vinculados. El capital persigue el fin en sí mismo de la valorización del valor (por lo tanto, de la acumulación de capital) y para ello debe producir mercancías y lanzarlas al mercado para realizar el valor que se representa en ellas. Wagenknecht ignora estas ideas básicas de la teoría de Marx (a la que sin embargo se refiere de vez en cuando) y convierte el vínculo entre el mercado y el capital en dos polos opuestos identificados con el bien y el mal. Al mismo tiempo, personifica los imperativos objetivados de la valorización del capital y los atribuye a la existencia de un grupo particular de personas: los capitalistas. Entonces los contrasta con la figura del empresario, que aparentemente no está sujeto a los imperativos capitalistas y al que Wagenknecht describe de forma extremadamente positiva:

“Para un capitalista, una empresa no es más que un medio para valorizar el capital y obtener rédito. Al igual que la antigua aristocracia vive de la servidumbre

de sus vasallos, el capitalista vive de las ganancias de su patrimonio, que en muchos casos simplemente ha heredado. Un empresario es alguien que construye y dirige una empresa, con sus propias ideas, potencia y creatividad. Toda economía racional necesita buenos empresarios, pero no necesita capitalistas” (Wagenknecht 2016c).

Esta construcción de falsos pares de opuestos entre mercado y capital, o empresario y capitalista, no es un mero error teórico. Lamentablemente presenta una preocupante afinidad ideológica con la clásica oposición entre “capital de rapiña” y “capital productivo”, uno de los patrones básicos del antisemitismo. Como ha demostrado Moishe Postone (2001) en su clásico ensayo sobre la lógica del antisemitismo, la ideología antisemita es tan efectiva porque representa una forma particular, *regresiva* y conformista de “anticapitalismo”. En ella, “los judíos” son identificados con todos los fenómenos que son percibidos como negativos y amenazantes en la sociedad capitalista, especialmente con su lado abstracto; esto se refiere no sólo al trabajo abstracto, al valor de cambio, al dinero y al pensamiento racional, sino sobre todo al capital financiero. Por el contrario, el lado concreto de la relación capitalista, especialmente en la forma de trabajo concreto y de producción de valores de uso, se naturaliza y se declara como suprahistóricamente válido y “orgánico”. Esto da lugar a la falsa oposición entre “capital productivo” y “capital de rapiña”. El primero tiene una connotación positiva y se imagina como una unidad casi natural de trabajadores y vigorosas empresas que producen conjuntamente cosas útiles para la sociedad; el segundo, en cambio, se identifica con el capital dinerario y financiero “judío” y no es más que un parásito que vive de la explotación de los trabajadores productivos.

Sarah Wagenknecht no dice otra cosa cuando glorifica al “empresario” y declara prescindible al “capitalista”. Aunque no es una antisemita, reproduce el patrón ideológico básico del antisemitismo. Separa distintos momentos de una relación social intrínsecamente contradictoria y los declara como los extremos opuestos del bien y del mal. Con esto, logra la paradójica hazaña de criticar enérgicamente la sociedad basada en la producción general de mercancías, sólo para afirmarla vehementemente en el mismo instante. Pues, de esa manera, las coerciones, amenazas y peligros inherentes al modo de producción y de vida capitalista pueden definirse como externos a él y atribuirse a un grupo de personas “codiciosas”.

Esta separación dicotómica encuentra eco en muchas personas que –por un lado– ya no pueden imaginar una vida más allá de la sociedad capitalista, pero que

-por otro lado- se sienten diariamente a merced de una dinámica autónoma sobre la cual no tienen ninguna influencia. Sin duda resulta difícil de soportar verse permanentemente confrontado a coerciones anónimas de las que, en última instancia, nadie es realmente responsable. Al atribuir estas coerciones a un grupo de personas que mueven los hilos entre bastidores, se puede desterrar esa sensación de indefensión e impotencia. Así se invierten ideológicamente las relaciones sociales. Pues no se critica la objetivación de las relaciones sociales y la consiguiente incapacitación de las personas en la sociedad productora de mercancías; más bien eso se declara mera apariencia tras la cual se ocultan estrategias y técnicas de dominación deliberadas y planificadas por una camarilla o élite poderosa. Precisamente por eso, las ideologías conspirativas son tan populares y proliferan sin control en tiempos de crisis. Permiten restablecer la ilusión de la capacidad de agencia, ya que la frustración y la rabia por la propia impotencia se disipan mediante el odio y la agresión contra los identificados como culpables, en casos extremos llegando hasta la aniquilación física.

La imagen que presenta Wagenknecht es una sociedad capitalista con todo lo que la caracteriza las personas establecen sus relaciones sociales a través de la producción de mercancías y el trabajo, venden su fuerza de trabajo a las empresas y se aplica el principio general de la competencia y el desempeño. Wagenknecht considera que se trata de un orden económico y social racional y casi natural, que en principio beneficia a todas las partes. En su opinión, incluso el dinero es un instrumento sensato, pero desgraciadamente los bancos que actúan globalmente -a los que Wagenknecht gusta de llamar casas de juego- lo utilizan de manera inadecuada para acumular beneficios sin límite. Por eso propone una reforma del sistema bancario basada en la ya conocida división entre el bien y el mal:

“El dinero es un bien público. Por eso, el suministro de dinero en la economía no debe estar en manos de casas de juego irresponsables, sino de instituciones que yo llamo bancos de bien común y que trabajan con una misión de interés público y se ven a sí mismos como servidores de la economía real” (Wagenknecht, 2016c).

La idea de que el dinero no sería sino un medio para facilitar el intercambio general se encuentra en casi todos los manuales de economía. Allí se afirma regularmente que, en la economía de mercado, la finalidad de la producción es abastecer a la sociedad de bienes útiles y que el intercambio en el mercado sólo sirve para la asignación “eficiente” de los recursos. La producción de mercancías y

el dinero son, pues, instrumentos neutros para coordinar una sociedad compleja basada en la división del trabajo. Visto así, Wagenknecht no propaga otra cosa que la ideología habitual, que niega que la producción capitalista se mueve sólo para el fin en sí mismo de la multiplicación del dinero, y que las mercancías sean meros medios para ese fin. Pero hay una diferencia. En la ciencia económica actual esta ideología es utilizada para legitimar las condiciones imperantes, pero no desempeña ningún papel en las investigaciones y recomendaciones prácticas; aquí, por supuesto, el foco está siempre puesto en cómo se puede invertir y multiplicar el capital de forma rentable. Wagenknecht, en cambio, toma la ideología al pie de la letra y quiere aplicarla a la realidad.

Por lo tanto, en términos prácticos no puede más que fracasar, pero política e ideológicamente encuentra mucha aprobación. Pues la frase de que el dinero debe ser “devuelto” a una “función de servicio” se ha convertido en un lugar común en la discusión mediática y se considera una forma consistente de crítica al capitalismo. En el caso de Wagenknecht, esto se combina con la idea de un Estado fuerte que controle los bancos y los comprometa con el “bien común”; en otros contextos, ronda la idea de un dinero sin intereses o de dinero regional (Paech 2012: 117 y ss.; Kennedy, 2011), o se fantasea con una economía del bien común, como hace Christian Felber.³ A pesar de las diferencias, el patrón básico común es siempre muy similar: la idealización de una sociedad organizada sobre la base de una economía de mercado se presenta en contraposición a su supuesta realidad pervertida. En este sentido, Wagenknecht se mueve ciertamente en un campo discursivo que le garantiza un apoyo bastante amplio. Pero, ¿de dónde resulta este amplio consenso básico en el que ella puede confiar? A continuación, se intentará esbozar una respuesta a esta pregunta.

III.

La autoevidencia por la que la mayoría de las personas sólo puede actualmente imaginar la sociedad organizada en una economía de mercado –ya sea en su forma dada, ya sea como una idealización– se debe, en primer lugar, al hecho de que el modo de producción y de vida capitalista se ha impuesto universalmente y se ha convertido en “segunda naturaleza”. Por esto es difícil pensar en una sociedad en

³ Cf. Felber 2015. De ahí surge también la idea de los llamados Bancos de bien común, que tanto entusiasma a Wagenknecht (Wagenknecht 2016: 223 ss.).

la que las personas *no* se relacionen entre sí a través de las mercancías y el dinero. Pues, aunque la gran mayoría de las personas sólo dispongan de *una* mercancía para vender y vivir de ella (su fuerza de trabajo), son evidentemente propietarios de mercancías. Como tales, persiguen sus fines particulares que consisten, en primer lugar, en vender su propia mercancía lo más cara posible y prevalecer en la competencia en relación a otros vendedores de fuerza de trabajo. Es precisamente este punto de vista del vendedor de fuerza de trabajo el que promueve la percepción invertida del contexto capitalista de la sociedad, según la cual la producción general de mercancías es “natural” y el dinero es sólo el “servidor” de esta forma social de intercambio.

La posición central del dinero en el sistema moderno de producción de mercancías se basa en que éste no es un *medio* sino el *fin de la* producción. Más precisamente, el fin de la producción es la *multiplicación* del valor (representado en el dinero), o sea, la acumulación de capital. Desde el punto de vista de una empresa, esto es evidente. Es claro que la empresa no produce mercancías como bienes de cambio para recibir otros productos, sino siempre como etapa transitoria necesaria para la multiplicación de una determinada suma de capital. La mercancía es, por lo tanto, el *medio* para alcanzar un fin previamente asumido: el dinero debe convertirse en más dinero, de lo contrario la producción no tiene sentido desde este punto de vista. Esto se aplica, por supuesto, a *todas las* empresas y no sólo a los agentes de la esfera financiera y a las corporaciones que operan a nivel global, para quienes Wagenknecht quiere reservar el término de “capitalistas”. ¿Cuál de sus fabulosos empresarios en ese maravilloso mundo de la economía de mercado invertiría voluntariamente millones de euros en una fábrica si al final no obtuviera beneficios de ella, o al menos pudiera esperar hacerlo? La obtención de beneficios es el motor de la sociedad capitalista, aunque se la llame “economía de mercado” y el beneficio se ennoblezca ideológicamente como “salario empresarial”, como es habitual en el lenguaje ideológico de la ciencia económica.

Los vendedores de fuerza de trabajo, por su parte, están incondicionalmente sometidos a este proceso y lo mantienen en marcha mediante su trabajo, pero, desde su punto de vista, el movimiento global representa algo diferente. Para ellos, su mercancía no es más que algo intercambiable, que lanzan al mercado para adquirir a cambio otras mercancías; en este sentido, también es sólo el medio para un fin externo, pero este fin no consiste en la multiplicación de una determinada suma de dinero, sino en el aseguramiento de su propia subsistencia. El dinero, desde este

punto de vista, se interpone simplemente entre el acto de vender y el acto de comprar, y por lo tanto el movimiento que se realiza aquí parece corresponder a primera vista a lo que Marx describe como intercambio simple de mercancías: el intercambio de una mercancía por dinero y de dinero por otra mercancía (M - D - M). Sin embargo, hay aquí una diferencia significativa. Pues, aunque el vendedor individual de fuerza de trabajo sólo utilice su mercancía para intercambiarla (a través del rodeo del dinero) por medios de consumo, este acto de intercambio es al mismo tiempo parte integrante del movimiento general de valorización del capital, cuyo punto de partida y de llegada es siempre el dinero, representante del valor.

Si se deja de lado esta conexión y se toma el punto de vista particular como el todo, puede parecer muy “natural” que todo ser humano tenga que vivir de la venta de su fuerza de trabajo o de sus productos del trabajo y que una sociedad basada en la división del trabajo no pueda funcionar de otra manera que en el modo de producción de mercancías. El valor que se valoriza a sí mismo, es decir el capital, no aparece entonces como la esencia y el centro dinámico de esta sociedad o como su “sujeto automático” (Marx, 1983, p.189), sino como un mero poder externo que, a través de sus intereses particulares, trastorna o incluso destruye el orden económico “natural”. Se trata de una forma clásica de conciencia fetichista de la mercancía. Las personas perciben las relaciones sociales de manera invertida porque toman sus formas invertidas de manifestación como la realidad.

Por supuesto, esto no significa que la conciencia de las personas formadas en el capitalismo esté totalmente determinada. Sin embargo, las formas invertidas en que la sociedad capitalista se presenta son extremadamente poderosas, porque parecen ser completamente evidentes y obvias, razón por la cual el sentido común se resiste fuertemente a cuestionarlas. Por eso la crítica social radical siempre lo tiene más difícil que la agitación populista *à la* Wagenknecht, pues esta última consiste fundamentalmente en ratificar la falsa apariencia que se impone de todos modos, en lugar de esclarecerla. El hecho de que el populismo se presente bajo la apariencia de una crítica de las condiciones imperantes no es una contradicción, sino que forma parte de su naturaleza. Pero lo que se hace pasar por crítica es exactamente su contrario: el populismo tiene éxito porque sirve al patrón clásico de una rebelión conformista y afirma las condiciones imperantes en el modo de su aparente superación.

IV

La apariencia fetichista de las relaciones sociales también explica el rechazo generalizado y particularmente pronunciado del capital que se acumula en los mercados financieros y sus actores, los bancos y los inversores financieros. Porque aquí la autorreferencialidad del movimiento del capital se presenta en su forma más pura. Si el capital se destina a la llamada economía real, debe dar el rodeo a través de la producción de bienes para cumplir el fin en sí mismo de la multiplicación del dinero. El ciclo de la acumulación sólo se completa cuando el capital ha vendido las mercancías producidas y ha realizado la plusvalía representada en ellas. El movimiento del capital sigue, pues, el esquema D-M-D' (dinero - mercancía - más dinero), donde el valor adicional se origina mediante el gasto de fuerza de trabajo en la producción. En los mercados financieros, en cambio, se omite este paso intermedio. Aquí el dinero se refiere inmediatamente a sí mismo y realiza el movimiento D-D', generando así la apariencia de que puede crear valor adicional directamente de sí mismo. Marx habla a este respecto de "capital ficticio". Esto no debe llevar a suponer que este capital es de alguna manera "irreal". Es tan real como cualquier otro capital, salvo que, a diferencia del "capital operativo" (Marx), no acumula valor ya creado mediante el gasto de fuerza de trabajo en la producción de mercancías, sino que anticipa un valor que aún ha de producirse.⁴

Esta anticipación del valor a ser producido en el futuro fue siempre un momento necesario en el ciclo general de la producción capitalista. Sin embargo, desde el final del *boom* fordista de acumulación y el comienzo de la Tercera Revolución Industrial en los años 1970 y 1980, ha adquirido un significado totalmente nuevo. La eliminación en masa de fuerza de trabajo de la producción, que tuvo lugar desde entonces, redujo la base de valorización del capital y éste se dirigió cada vez más hacia los mercados financieros. Como resultado, el capital ficticio se convirtió en el motor de la acumulación mundial de capital; mantiene en marcha la economía mundial, imponiéndole un ritmo cada vez más acelerado e intensificando enormemente la competencia globalizada; al mismo tiempo, se ha acumulado un potencial de crisis que debe descargarse una y otra vez, como en el gran *crash* financiero de 2008. Esto no sólo refuerza la apariencia de que el capital financiero es la fuente

⁴ En la práctica, esto tiene lugar mediante la venta de dinero como capital-dinero en la forma de títulos de propiedad negociables que certifican el derecho a una determinada suma de dinero más su multiplicación. Ernst Lohoff acuñó para esto el concepto de mercancías de segundo orden (Lohoff, 2014: 38 y ss.; Lohoff/Trenkle 2012: 124 y ss.).

de todos los males del capitalismo, sino que al mismo tiempo alimenta una profunda inseguridad en toda la sociedad que proporciona un terreno fértil para la agitación populista.

En estas circunstancias, la promesa de un restablecimiento de la “economía social de mercado” en un marco nacional sirve, evidentemente, al deseo generalizado de seguridad y de una política que sea nuevamente capaz de actuar. El hecho de que esta promesa no pueda cumplirse por no tener ningún fundamento en la realidad no tiene importancia inicialmente, pues la voluntad de creer en ella es fuerte. En tiempos de crisis, las ilusiones cotizan al alza. Y de la misma manera en que en las décadas de 1920 y 1930 se romantizaron retroactivamente las condiciones precapitalistas, sirviendo de trasfondo a la ideología nazi de la “comunidad nacional” [*Volksgemeinschaft*], hoy la llamada edad de oro del capitalismo, es decir, la inmediata posguerra, se convierte en el punto de fuga idealizado de los enfoques políticos regresivos.

Sin embargo, las condiciones estructurales de esa época fordista del capitalismo, basada en el trabajo industrial de masas, en la que la producción seguía estando organizada en el marco de un Estado nación, han sido definitivamente destruidas; ningún acto de voluntad política puede restaurarlas. Pues la Tercera Revolución Industrial iniciada en los años 1970 no sólo eliminó en masa fuerza de trabajo de los sectores productivos centrales de la producción de mercancías, poniendo en marcha una crisis fundamental de valorización del capital, sino que impulsó la globalización y, por lo tanto, hizo estallar el Estado nación como marco de referencia del capital. Esto se aplica, por un lado, a las estructuras de producción y a los mercados de venta de mercancías que, en el nivel dado de desarrollo de la fuerza productiva, sólo pueden organizarse transnacionalmente. Por otra parte, la “financiación” del capital no tiene vuelta atrás, pues representa ya una reacción a la automatización exhaustiva de la producción de mercancías, que establece límites cada vez más estrechos a la valorización del capital por medio de la utilización de fuerza de trabajo. Pero como el capital tiene que multiplicarse permanentemente para no sucumbir a la desvalorización, se desvió a los mercados financieros globales donde, en la forma de capital ficticio, pudo en un primer momento continuar su movimiento del fin en sí mismo de la multiplicación de dinero (Lohoff/Trenkle, 2012: 209 y ss.).

El capital ficticio, como ya se ha dicho, no constituye otra cosa que anticipación de valor a ser producido en el futuro, representado por títulos de propiedad como

acciones, bonos y todo tipo de títulos financieros. Esta anticipación permite, por así decirlo, bombear valor del futuro al presente. Pero aquí no sólo se acumula asegurando al capital una multiplicación rentable; las reivindicaciones en relación al futuro se dirigen también al consumo o a la inversión, induciendo así la actividad económica real. Este mecanismo es el que ha mantenido la economía mundial en marcha desde los años 1980 y ha proporcionado al modo de producción capitalista un nuevo margen histórico de desarrollo que simplemente ya no existía sobre la base de la valorización del capital en la producción industrial de mercancías. El impulso general de la modernización industrial en China y en otros Estados anteriormente periféricos está basado en esto (Lohoff / Trenkle, 2012: 98 y ss.; Trenkle, 2016: 17 y ss.).

Desde luego, esta base es extremadamente precaria, pues la masiva anticipación durante casi cuatro décadas de valor a ser producido en el futuro nunca puede ser compensada por una creación de valor correspondiente, y el *boom* sólo puede continuar mientras se acumulen siempre nuevas reivindicaciones en relación al futuro; por lo tanto, han de crearse nuevos puntos de referencia para tales expectativas, de modo que el gigantesco potencial de crisis acumulado no se descargue de golpe y arrastre a la economía mundial al abismo, como casi sucedió en 2008.

Sin dudas el neoliberalismo ha contribuido de manera bastante significativa, a través de sus políticas, a permitir la evasión hacia la esfera del capital ficticio y a posponer así el proceso de crisis. Sin embargo, esta reorientación no siguió ningún plan consciente de los estrategias de la política neoliberal, como les gusta afirmar a sus críticos, sino que incluso resultó ser contraria a sus intenciones declaradas (Lohoff, 2016: 19 y ss.; Lohoff/ Trenkle, 2012: 216 y ss.). En los años ochenta, el neoliberalismo se propuso volver a hacer lucrativa a la *economía* real. Inhibida, en su opinión, por regulaciones demasiado rígidas, la economía debía ser desregulada. Sin embargo, esta política condujo a una destrucción generalizada de las estructuras industriales en la mayoría de los Estados capitalistas centrales, mientras la dinámica de la acumulación de capital se trasladaba a los mercados financieros; ello fue así a pesar de que para la ideología neoliberal el dinero sería apenas un “velo” que oculta la producción de bienes y, por lo tanto, la política monetaria no debería desempeñar un papel activo. Paradójicamente, fue precisamente esta ceguera en relación a sus propias acciones lo que las hizo más eficaces en el aplazamiento de la crisis. Pues, aunque los estrategias neoliberales no fueran en absoluto conscientes de ello, la crisis sólo podía superarse temporalmente colocando la

acumulación de capital sobre una nueva base: la utilización de fuerza de trabajo en la producción de mercancías, es decir, la acumulación de valor en forma de “trabajo muerto” (Marx) *pasado*, debía sustituirse por la anticipación de valor a ser producido en el futuro.

Sin embargo, la ideología neoliberal del “velo del dinero” quedó en evidencia con el *crash* de 2008, cuando el *boom* del capital ficticio llegó a su límite y la política no tuvo más remedio que salvar al sistema financiero y bancario del colapso mediante gigantescos programas de apoyo para evitar una crisis incontrolable de la economía mundial. Desde entonces, la acumulación de capital ficticio funciona solo porque cuenta con el apoyo masivo de los gobiernos y, sobre todo, de los bancos centrales, que bombean enormes cantidades de dinero gratis (ahora incluso con tipo de interés negativo) a los mercados financieros. El hecho de que lo hagan bajo una premisa completamente diferente, a saber, luchar contra una supuesta deflación inminente, sólo muestra una vez más la ceguera de los actores capitalistas ante sus propias acciones, las cuales resultan paradójicamente funcionales al sistema.

Sin embargo, sería ingenuo pensar que la ciencia económica actual llega a comprender el contexto subyacente, dadas las permanentes contradicciones entre la intención proclamada y la práctica implementada. Si bien la ideología neoliberal ha perdido su hegemonía, en su lugar se ha impuesto un keynesianismo reformulado que a menudo se mezcla con elementos populistas de izquierda y que no hace más que reproducir de manera invertida los errores de la ideología neoliberal. La enorme influencia que ejerce la política en la acumulación de capital ficticio confirma, en su opinión, que los procesos económicos pueden controlarse políticamente de forma más o menos arbitraria, siempre que haya voluntad de hacerlo y ésta se pueda implementar socialmente. Dado que, según esta visión del mundo, la financiarización y la globalización del capital han sido impuestas conscientemente por las fuerzas neoliberales y las élites transnacionales, este desarrollo también puede invertirse. Modificando la correlación de fuerzas sociales en ese sentido, debería ser posible volver a poner la “economía real” en el foco y dimensionar los mercados financieros nuevamente en su “función de servicio”.

Desde este punto de vista, el populismo neokeynesiano de izquierda no se deja perturbar por el hecho de que los gobiernos y los bancos centrales no hayan reducido en absoluto el poder de los mercados financieros tras el *crash* financiero de 2008, aunque esto haya sido exigido hasta en la declaración final de la Cumbre

sobre la crisis del G-20, en febrero de 2009.⁵ Como toda ideología, el populismo de izquierda siempre se ve ratificado por los desarrollos de la realidad social, porque percibe todos los procesos de manera tal que encajen en su visión de mundo. La gestión de la crisis de 2008 no es vista como un indicio de que la base material de un capitalismo basado en la utilización masiva de la fuerza de trabajo ya hace mucho tiempo que dejó de existir, sino como prueba de la exitosa influencia de los grupos de presión del capital bancario y financiero. El aparente fracaso de la política se personaliza así igual que antes de la crisis, al apuntar su causa en la excesiva codicia de los especuladores. Desde este punto de vista, la gestión de la crisis sólo demuestra una vez más que el “establishment” político es manejado a su antojo por las élites globalizadas y el capital financiero para sus intereses particulares. El populismo de izquierda refleja de esa manera fielmente la opinión pública predominante y es, en este punto, prácticamente indistinguible de su hermano populista de derecha.

V.

Por supuesto, el populismo no tendría tanto éxito si no apuntara –aunque sea de forma ideológicamente retorcida– a algo correcto. Si la política proclama constantemente desde 2008 que tiene que actuar como lo hace, esto es de hecho una declaración de bancarrota. Lo que afirma, básicamente, es que el ideal de la democracia ha sido derogado. Es cierto que el margen de acción política siempre estuvo muy limitado por las coerciones objetivadas de la producción general de mercancías y la acumulación de capital. Sin embargo, en las condiciones actuales de crisis fundamental este margen se ha reducido aún más. La famosa frase según la cual “no hay alternativa” se refiere precisamente a esto, aunque de forma ideológica; porque aquí el modo de producción y de vida capitalista se presupone siempre como un marco de referencia autoevidente que no puede ser transgredido y, así, las coerciones establecidas por esta forma de socialización son definidas prácticamente como leyes naturales a las que toda persona razonable debe someterse. A la inversa, no es menos ideológico negar estas coerciones objetivadas y sugerir que

⁵ “La cumbre del G-20 en Pittsburgh [en septiembre de 2009] fue un ‘hito decisivo’, dijo Merkel. Debe ser posible poner en práctica los acuerdos alcanzados en las Cumbres anteriores desde un mayor control de los mercados financieros. Hubo que aprender las lecciones de la crisis financiera y asegurarse de que no volviera a ocurrir nada parecido”. (Spiegel Online 24.9.2009)

todo es una cuestión de voluntad política y que las infames “restricciones” son una invención de las élites para ocultar sus intereses.

Sin embargo, es cierto que en el desarrollo histórico de la sociedad capitalista el margen de agencia política fue por momentos considerablemente mayor que en la actualidad. Esto vale sobre todo para la época del *boom* fordista, que por ello se ha convertido en punto de referencia para las fantasías políticas escapistas. Dado que la producción industrial en masa aún dependía en gran medida del marco del Estado nación, la política poseía un poder relativamente grande. A través de la política fiscal y social podía ejercer su influencia sobre las empresas localizadas en su territorio y, a cambio, protegerlas de la competencia extranjera mediante barreras comerciales. En cambio, en la era del capital ficticio, en la que la dinámica de la acumulación se ha trasladado a los mercados financieros, la política se ha convertido en una variable dependiente. El capital ficticio invertido en la esfera financiera puede desplazarse de un extremo a otro del planeta en cuestión de segundos, los emplazamientos industriales pueden transferirse en poco tiempo debido a estructuras transnacionales de producción y a redes de suministro flexibilizadas, y partes considerables del sector de servicios se organizan a escala mundial sobre la base de tecnologías de comunicación y de información. En resumen: mientras que el mercado mundial se ha convertido desde hace tiempo en el marco de referencia inmediato de la acumulación de capital, la política sigue limitada en gran medida al Estado nación y, por lo tanto, se encuentra en una posición de dependencia estructuralmente condicionada.

Sin embargo, incluso en estas condiciones, la política no está de ninguna manera determinada en todas sus decisiones; tiene ciertamente un margen de maniobra mientras el capital ficticio se siga acumulando, tanto mayor cuanto más se beneficia un determinado país de esta acumulación (Lohoff, 2016). Pero cuando la acumulación de capital como tal se ve amenazada, como en la crisis de 2008, los gobiernos no tienen otra alternativa que volver a ponerla en marcha por todos los medios posibles, apoyando masivamente el sistema financiero. Por lo tanto, la noción de un renacimiento del Estado de bienestar y regulador keynesiano, según el modelo de la inmediata posguerra, carece de todo fundamento. Y el programa político del populismo de izquierda, que a primera vista podría parecer un retorno del viejo reformismo, no es más que su triste caricatura (Bierwirth 2017). El reformismo del siglo XX tenía una perspectiva histórica real. Su programa político pudo aplicarse, al menos en cierta medida, porque existían las condiciones económicas y

políticas para ello.⁶ Esta perspectiva histórica ya no existe actualmente. Es cierto que en los pocos países que aún se cuentan entre los ganadores en la crisis se pueden implementar mejoras sociales, pero sólo de carácter puntual; la base para un programa reformista integral ya no existe más. Y como las causas de esto se encuentran en la dinámica histórica y la lógica de crisis del propio capitalismo, esta base no puede renovarse reforzando la soberanía nacional. Los que piensan así confunden causa y efecto. El reformismo no tuvo éxito porque los Estados nación hayan sido relativamente soberanos; más bien, éstos eran relativamente soberanos debido a la acumulación basada en el trabajo industrial de masas y el consumo de masas, lo que abrió un gran margen para la política reformista.

Por consiguiente, no se puede volver a esa época; un retroceso en el grado de interconexión transnacional que se ha alcanzado sería cualquier cosa menos deseable. Pues, aunque el debilitamiento de la soberanía estatal en el curso de la financiarización y la globalización del capital no fue, naturalmente, un acto de superación emancipadora del Estado, el hecho de que la dinámica capitalista haya roto los límites de la estrechez del Estado nación es fundamentalmente un avance. Cualquier política que se coloque por debajo de este nivel es regresiva. Una perspectiva de emancipación social y de apropiación de la riqueza social más allá de la mercancía y del dinero debe tener, hoy más que nunca, un carácter transnacional. Esto se vuelve aún más importante en la medida en que no se puede descartar una desintegración violenta del sistema capitalista mundial junto con conflictos de intereses con carga nacionalista y políticas identitarias como reacción al proceso de crisis (Lohoff, 2016).

Las fantasías de restauración de una supuesta edad de oro del capitalismo centrado en el Estado nación son uno de los motores ideológicos de este desarrollo que marca la entrada en una fase cualitativamente nueva del proceso de crisis. La renacionalización no trae de nuevo el capitalismo social y económicamente regulado con su relativa prosperidad; más bien, significa la instauración de administraciones autoritarias-nacionalistas de la crisis que, precisamente porque no pueden cumplir sus promesas económicas y de política social, se centrarán aún más en la determinación agresiva del enemigo tanto a nivel interno como externo. Las

⁶ Esto no quiere decir que estas conquistas, sin duda considerables, le hayan caído al reformismo del cielo. Evidentemente, hubo que luchar por ellas. Pero las condiciones estructurales para ello eran muy favorables. En particular, el fortalecimiento del poder adquisitivo de las masas fue necesario para vender la enorme masa de mercancías industriales en cuya producción, a su vez, se basaba la acumulación de capital.

políticas de los gobiernos de Rusia, Hungría y Polonia, así como de la administración de Donald Trump hasta el 2020, presagian hacia dónde nos dirigimos. Que la izquierda piense que puede contrarrestar esta formación de derecha ocupando a su manera el tema de la soberanía nacional, no sólo es regresivo, sino que está condenado al fracaso. Pues el populismo de derecha juega mucho más desinhibido y con más éxito en el terreno de la identidad nacionalista, la demarcación racista y el resentimiento. En eso se basa su éxito. En el fondo, los votantes de la derecha sospechan que sus promesas de política económica y social, muy similares a las del populismo de izquierda, son inalcanzables. Pero se aferran a la sensación de seguridad que ofrecen las identidades colectivas nacionalistas y las construcciones de “enemigos del pueblo” que los amenazan. Una izquierda que se suma a esta tendencia, incluso moderadamente, ya ha renunciado a cualquier pretensión de emancipación.

Traducción de Javier Blank

REFERENCIAS:

- FELBER, Christian (2015): *La economía del Bien Común*, Barcelona: Deusto.
- KENNEDY, Magrit (2011): *Occupy Money: Damit wir zukünftig ALLE die Gewinner sind*, Bielefeld: Kamphausen, 2011.
- LOHOFF, Ernst (2016): “Die letzten Tage des Weltkapitals. Kapitalakkumulation und Politik im Zeitalter des fiktiven Kapitals”, *Krisis* 5 www.krisis.org/2016/die-letzten-tage-des-weltkapitals/
- LOHOFF, Ernst (2014): “Kapitalakkumulation ohne Wertakkumulation. Der Fetischcharakter der Kapitalmarktwaren und sein”, *Krisis* 1/
www.krisis.org/2014/kapitalakkumulation-ohne-wertakkumulation/
- LOHOFF, Ernst/TRENKLE, Norbert (2012): *Die große Entwertung*, Münster: Unrast.
- MARX, Karl (1983): *Das Kapital, Band 1*, Marx-Engels-Werke, vol. 23, Berlín: Dietz.
- PAECH, Niko (2012): *Befreiung vom Überfluss*, München: Oekom, 2012.
- POSTONE, Moishe (2001) [1982]: “La lógica del antisemitismo”, en M. Postone, J. Wajnsztein, B. Schulze, *La crisis del Estado-Nación. Antisemitismo-Racismo-Xenofobia*, Barcelona: Alikornio.
<https://www.krisis.org/2019/la-logica-del-antisemitismo/>
- TRENKLE, Norbert (2016): “Die Arbeit hängt am Tropf des fiktiven Kapitals”, *Krisis* 1/
www.krisis.org/2016/die-arbeit-haengt-am-tropf-des-fiktiven-kapitals/

- WAGENKNECHT, Sahra (2016a): *Reichtum ohne Gier. Wie wir uns vor dem Kapitalismus retten*, Fráncfort: Campus.
- WAGENKNECHT, Sahra (2016b): en entrevista con Albrecht Müller, *Nachdenkseiten*, 29.März 2016, www.nachdenkseiten.de/?p=32548
- WAGENKNECHT, Sahra (2016c): “Warum sollen wir uns mit so einer wirtschaftlichen Ordnung abfinden?”, Entrevista con Paul Schreyer. *Telepolis*, 23.04.2016 www.heise.de/tp/artikel/48/48034/1.html
- WAGENKNECHT, Sahra (2021): *Die Selbstgerechten. Mein Gegenprogramm für Gemeinsinn und Zusammenhalt*. Fráncfort/New York: Campus.